

ACTITUDES ANTE LA CEGUERA

ÍNDICE con hipervínculos

[Portada](#) 1

[prefacio](#) 2

[Motivación](#) de las Actitudes Frente a la Ceguera

por Gerhard Schauer, M. D. 3

[Algunos](#) Conceptos Sobre la Ceguera en la Cultura Norteamericana

Por Joseph S. Himes, Ph.D. 11

[Raíces](#) Psicológicas de las Actitudes Frente a la Ceguera

Por Sydell Braverman 25

ACTITUDES ANTE LA CEGUERA

Título en Inglés "Attitudes toward Blindness"

Traducido- por Rolando Venegas N.

1967

American Foundation for Overseas Blind, Inc. Oficina Regional para Sudamérica

San Antonio 220, Of. 706 Santiago, Chile

1p

PREFACIO

El común de la gente cree que, psicológicamente, los ciegos son distintos a los demás. Este concepto influye en las actitudes que tienen los videntes frente a la persona ciega que intenta integrarse a la vida normal de su comunidad. ¿Es errado este concepto? Si fuere así, ¿qué puede hacerse?

La Fundación Americana para Ciegos consagró por muchos años gran parte de su programa especial en la Conferencia Nacional de Servicio Social al estudio de esta materia. Representantes de varios campos de la educación y la filosofía leyeron interesantes trabajos, tres de los cuales, presentados en 1949, 1950 y 1951 por un psiquiatra, un sociólogo y un psicólogo respectivamente, han sido seleccionados para la publicación de este folleto. El primero y el último de estos artículos han aparecido anteriormente en el Outlook for the Blind; el segundo, "Algunos Conceptos sobre la Ceguera en la Cultura Americana", por el Dr. Joseph H. Himes, hijo, ha sido reproducido del número de diciembre de 1950 de la revista "Social Casework", con la gentil autorización de los editores.

2p

MOTIVACIÓN DE LAS ACTITUDES FRENTE A LA CEGUERA

Por Gerhard Schauer, M. D.

Aunque es cierto que existe un creciente número de personas ciegas perfectamente adaptadas a sus hogares y ocupaciones, el alcance y la intensidad de adaptación del ciego a la sociedad y de ésta a él podrían ser ampliados si los obstáculos emocionales tan firmemente arraigados, tanto en los ciegos como en los con vista fueran mejor reconocidos y aceptados. No hay duda de que existen en el ciego obstáculos emocionales que tienen relación con su actitud hacia la ceguera, pero en esta oportunidad no nos ocuparemos de esta parte del problema. El propósito de este artículo es procurar investigar, desde el punto de vista del psiquiatra, las motivaciones más profundamente arraigadas de las actitudes que codeterminan el comportamiento frente a la ceguera.

Un hecho frecuentemente observado en el campo de la ocupación vocacional de obreros ciegos son las fricciones y dificultades en la interacción entre el personal ciego y el con vista, las que son incompatibles con la aparentemente buena adaptación al trabajo de parte del obrero ciego, como también con la aparente aceptación y comprensión de sus colegas con vista y jefes. Esta observación ha hecho que quienes están preocupados de la adaptación del ciego al hogar, a la escuela, al trabajo y a la sociedad en general, se pregunten si las motivaciones inconscientes que determinan las actitudes frente a la ceguera y hacia los ciegos están en pugna con las motivaciones premeditadas y conscientes.

3p

El enfoque dado se basa en deducción de observaciones e interpretaciones psiquiátricamente aceptadas, más que de casos de estudio de patología interpersonal entre ciegos y videntes. También estará limitado a los aspectos intrapsíquicos o de fantasía del comportamiento. Este enfoque puede definirse de la siguiente manera: "Si entre los videntes existen actitudes inconscientes o primitivas frente a los ciegos, ellas probablemente son motivadas por la actitud que la persona con vista tiene hacia sí misma y su vista". Sin intentar justificar lo anterior, podemos recurrir a diversas fuentes que han sido aprovechadas por los psiquiatras para investigar qué significa la vista y la pérdida de ella para un vidente.

Una de esas fuentes es la tradición verbal en la forma de proverbios, mitología y religión. Por una parte, esta tradición verbal representa las creaciones de la fantasía de la gente; por otra parte, da forma a la fantasía de las generaciones siguientes.

Encontramos algunas fantasías primitivas en la forma de proverbios y cuentos de hadas en los cuales ver es igual a comer o devorar: "devorar un objeto con la vista" (Caperucita Roja y otros). El factor común en estas fantasías es su alusión a los ojos como algo que estuviera completamente al servicio de la boca. La vista absorbe un objeto externo o la persona se identifica a sí misma con lo que ve (sea ello comida, un drama en el escenario, un libro o "la verdad"). Esto implica, también, que la persona que ve está dotada de facultades destructivas y omnipotentes y, por el contrario, quien no ve está privado de estos poderes.

Otros mitos y tradiciones verbales se refieren a la vista y a la acción de mirar como a algo prohibido y repugnante. En magia los ojos o la mirada se usan como arma sádica: los ojos del basilisco, del hipnotizador y de la serpiente inmovilizan.

Igualmente, el "mal de ojo" nos convierte en seres indefensos y expuestos al mal. En estas fantasías se refieren a la vista y al mirar como un medio para tener poder absoluto sobre el objeto mirado, para inmovilizar el objeto con una mirada y para hacer que el objeto mirado haga lo que uno desea. En el mundo de la fantasía de

los pueblos e individuos, mirar un objeto significa "volverse como él" (estar obligado a imitarlo y, a la inversa, obligarlo a que nos imite).

Existe todavía una tercera categoría de tradiciones verbales que puede interesarnos y que se refiere a la vista, o mejor, a la pérdida de ella como un castigo específico por los pecados cometidos consciente o inconscientemente. Decimos "visiones cegadoras" al referirnos a hechos que nos conmueven en forma prohibida (sean prohibitivamente atractivos o prohibitivamente repulsivos). Un ejemplo notable es el mito de Edipo en el cual éste se privó de la vista cuando supo que había cometido un horrible crimen, a saber, incesto. En el ejemplo bíblico, la mujer de Lot quedó petrificada por mirar la ira de Dios desencadenada sobre Sodoma y Gomorra por sus pecados. En el caso de Sansón y Dalila, la ceguera aparece como una consecuencia y, quizás, como un castigo por el pecado de exogamia y por el de perder la fuerza física a manos de una mujer. Una antigua tradición hebrea prohíbe a los fieles mirar al rabino mientras da la bendición, so pena de quedar ciegos. Otra fuente de la cual podemos aprender algo acerca de las fantasías de las personas con vista con relación a ella son los pacientes psiquiátricos con trastornos de visión.

En los casos de ceguera histérica, sea ella parcial o total, el paciente ha perdido la facultad de ver sin que exista, aparentemente, trastorno alguno en el aparato visual. A menudo esto sucede después de experiencias traumáticas por shocks repentinos o cuando se despiertan impulsos inaceptables. Sobre la función visual, el paciente a menudo se imagina: "No puedo ver porque no está bien que yo vea"; o "porque es peligroso que yo vea"; "Si yo no veo, otros no podrán verme y no podrán hacerme exigencias".

Otra forma patológica de ocuparnos de la función visual la encontramos en el acto de "atisbar": aquí, la vista es puesta por adultos al servicio de una curiosidad sexual inmadura. Frecuentes fantasías asociadas con "atisbar" y otros trastornos similares son: excitar sexualmente a otra persona; ser como la otra persona. gozar haciendo algo prohibido, etc. Un síntoma encontrado ocasionalmente entre los neuróticos

obsesivos es la incapacidad para mirar. El paciente desea mirar, pero tiene que desviar la vista y en cambio hace uso de sus otros sentidos. Como puede verse, estos trastornos de la visión son métodos que el paciente adopta para satisfacer algunas de sus necesidades (propia conservación, sexual) al enfrentar peligros reales o imaginarios.

De estas ilustraciones se hace también evidente que asociamos principios de moral, "bien y mal", con los impulsos que se expresan a través de la vista; por ejemplo, no sólo está mal (en el sentido de inmoral) que un adulto sea un "atisbador", o que ciegue su vista a un problema que tenga entre manos; esta actitud también la calificamos como "inmadura" e "infantil".

Parece existir una cierta similitud entre la actitud que encontramos tanto entre los pacientes como en el público, frente a las enfermedades psíquicas y aquella actitud hacia otras enfermedades, incluso la ceguera; a saber, a la persona enferma o desventajada a menudo se le trata como si tuviera problemas morales o como si fuera una persona que no ha madurado.

Como último paso, valdría la pena investigar dónde nació en el desarrollo del individuo esta noción de "inmadurez" e "infantilismo" relativa a la visión.

La época más "infantil" e "inmadura" de nuestra vida, la primera infancia, se caracteriza por nuestra incapacidad extrema y completa dependencia de los padres. El método más efectivo del niño para enfrentarse con su medio ambiente para satisfacer sus necesidades, es el tacto por la piel y la boca, especialmente succionando. En esta época, la visión parece ser una función secundaria. La falta de ella es difícil de notar. Algo más tarde, la vista, al igual que las otras funciones, se subordina a la necesidad de investigar la realidad, por ejemplo, para diferenciar entre un medio amable y otro hostil. De ahí en adelante la actividad "primitiva" de ver es relegada a actividades "primitivas" de la imaginación para las que no queda espacio ni tolerancia en la vida posterior. En este período, el niño se halla en el proceso de adquirir dominio de sus músculos para aprender a caminar, a hablar y a controlar las funciones de su cuerpo.

Desarrolla una gran curiosidad sobre todo lo relacionado con su cuerpo y lo que le rodea. Desea mirarse a sí mismo y mirar a otros; siente gran necesidad de que lo miren y vean lo que hace.

Por esa época la visión entra al servicio de la imitación de los adultos y muchachos mayores. El niño "admira" a sus mayores para imitarlos, "para crecer como ellos" y también para aprender la "manera correcta" de hacer las cosas y de comportarse, de acuerdo a las exigencias de los mayores.

También en este periodo, según sea la filosofía de enseñanza que tengan los padres, el niño conoce las sensaciones de vergüenza y disgusto. En el caso de la vergüenza, rehuye su mirada con la mágica esperanza de que al no mirar, no lo mirarán. Peculiaridades del carácter, como son la timidez y las tendencias al exhibicionismo, también tienen su origen en cómo enfrenta el niño y su medio ambiente su impulso de mirar y la necesidad de ser mirado (aproximadamente entre el tercer y quinto año de vida).

De este somero esquema del desarrollo, podemos sacar en conclusión algunas de las actitudes premeditadas frente al ciego.

- 1 . Una muy primitiva actitud de curiosidad "ciega", insensible y sin restricción, como la que puede observarse en niños y en deficientes mentales.
2. Una actitud de temor a mirar algo extraño porque "no está bien" mirar, como si se fuera a herir a la persona mirada, resultando en una actitud de evasión.
3. Una actitud de sentirse identificado con la persona ciega, perdiendo uno su propia identidad; quedar ciego por una incriticable proyección de uno en el ciego, lo que trae como resultado un exceso de indulgencia.

Tales actitudes hacia nosotros y hacia la otra persona pueden provocar reacciones tales como temor, vergüenza, disgusto, hostilidad, sentimientos de culpabilidad en distintas formas y también sentimientos de lástima y una inevitable necesidad de ayudar o de

evitar la ayuda.

Todas estas actitudes son evolutivas, es decir, inherentes al proceso de madurez de una persona y están centradas, en distintos grados, en el sujeto mismo. En este punto preguntamos: "¿Por qué los videntes se impresionan, particularmente, por quienes han perdido la vista?" ¿Es porque inconscientemente los consideramos pecadores? ¿Es porque consideramos la vista como una facultad investida de poderes mágicos, de manera que aquellos que están privados de ella se convierten, en consecuencia, en seres despreciables?

En conclusión, podemos preguntarnos que es lo que, en nuestro trato con un ciego, despierta estas emociones y fantasías que traen como resultado nuestras actitudes conscientes. Pueden impresionarnos los diferentes grados de desamparo resultantes de las limitaciones al examinar la realidad; puede haber una mayor dependencia de otros, lo que trae como resultado sentimientos de debilidad, temor al abandono y reacciones de enojo y depresión; podemos encontrar una mayor confianza en la imaginación por la necesidad de estar en igualdad de condiciones con el mundo vidente; podemos impresionarnos por un sentimiento de pequeñez, de ser mirados en menos, de sentirse observados. Y, muy a menudo, nos avergonzamos al sorprendernos de encontrar confianza en sí mismo y recursos sociales y económicos en una persona de la que esperábamos todo lo contrario a causa de su desventaja.

Un estudio de la historia de la relación del ciego con el mundo vidente nos muestra que, con la disminución de temores y supersticiones por parte de los con vista, la utilidad del ciego hacia sí mismo y hacia los demás aumenta en gran proporción. La fuerza requerida para alcanzar este objetivo puede desarrollarla el ciego sólo si su madurez emocional, social y cultural es estimulada por el mundo vidente en que vive. Con ese fin, un mayor conocimiento de nuestros propios temores y necesidades inconscientes llevará a un mayor conocimiento de las necesidades de los demás.

8p

Bibliografía

Omitida, porque es toda en inglés

9p

página original en blanco
10p

ALGUNOS CONCEPTOS SOBRE LA CEGUERA EN LA CULTURA NORTEAMERICANA

Por Joseph S. Himes, Jr. Ph. D.

Existen en nuestra sociedad tres factores principales que rigen la adaptación social de la persona físicamente inhábil. El primero es el carácter y grado de la desventaja física específica. El segundo lo constituyen las reacciones sociales y culturales hacia la persona inhábil. El tercero es el concepto que el inhábil tenga de si mismo y los resultantes sentimientos y comportamiento de él, condicionados por su desventaja y la reacción social frente a él.

Carácter y Grado de la Inhabilidad

Aunque la inhabilidad física puede ser el resultado de heridas o de defectos en cualquier parte del organismo humano, la inhabilidad social es, generalmente, la resultante de lesiones de tres tipos principales:

- 1) orgánicas - sistemas circulatorio, respiratorio y nervioso central;
- 2) sensoriales - ojos y oídos;
- 3) estructurales - miembros o esqueleto-muscular.

Estas categorías de inhabilidades restringen el comportamiento social del individuo. Es decir, disminuyen la capacidad de la persona desventajada para realizar ciertos actos, como es costumbre en la sociedad, convirtiéndolo así en un ser incapaz de comportarse normalmente. Sin embargo, las limitaciones en el comportamiento impuestas por una desventaja física, se circunscriben principalmente a aquellas actividades para cuyo desarrollo máximo y normal el órgano o miembro dañado es esencial. La inhabilidad no impone limitaciones similares en aquellas áreas de

la conducta que dependen de miembros u órganos sanos para el cumplimiento normal de las actividades sociales y culturales.

Reacciones Hacia la Persona Inhábil

El segundo factor que controla la adaptación social de la persona físicamente inhábil está constituido por las reacciones sociales y culturales hacia ella, junto con los consiguientes efectos de dichas reacciones sobre su personalidad. Estas reacciones pueden ser de dos tipos generales. El primero acepta las limitaciones de comportamiento de la persona y comprende que necesite adaptarse a su limitación para tener relaciones sociales normales. Este tipo de reacción considera a la persona inhábil capaz de llevar una vida social normal en terrenos no afectados directamente por el impedimento físico. Esta reacción social hacia el desventajado físico es la más deseable y objetiva. Sin embargo, no está ampliamente difundida en nuestra sociedad.

El segundo tipo de reacciones se basa en la idea de un molde social estereotipado en el que la tendencia responde a una personalidad total. Se piensa que el carácter obstaculizante de la inhabilidad física se encuentra también en la personalidad total y en la conducta de la persona. Sobre la base de este hecho observable se construye un todo presumiblemente firme. Así, la conducta social se convierte en una reacción hacia la persona que es identificada y clasificada en base a la inhabilidad física fácilmente notable. En esa forma, la reacción hacia la persona desventajada parece ser razonablemente compatible con la inhabilidad observada, que sirve de clave o pista a su personalidad total.

Estos cuadros o imágenes llegan a ser de uso común y entran a formar parte de nuestra cultura. Están formados por una combinación de experiencias directas y de información y actitudes adquiridas socialmente. Contienen hechos concretos y fantasías, productos de la imaginación y resultados de experiencias. Incluyen cuadros culturalmente definidos de la persona inhábil, definiciones standard de situaciones sociales

y las formas aceptables de reaccionar frente a esa persona. Aunque este tipo de reacción hacia el inhábil físico no es generalmente el más deseable, parece estar bastante difundido.

Estos tipos de imágenes y actitudes socialmente definidos son parte de la cultura del grupo o sociedad que los practica y existen en las formas habituales y persistentes de la conducta observada por los miembros del grupo o sociedad. No tienen existencia intrínseca y, en consecuencia, deben deducirse por un análisis de la conducta de los miembros del grupo o sociedad en cuestión. Como elementos de cultura, estas imágenes y actitudes socialmente definidas se adquieren, en gran medida, a través del normal proceso de socialización. En cierto sentido, el adquirir la imagen cultural y las actitudes standard hacia el desventajado físico, es parte del proceso de maduración en la sociedad norteamericana.

Como consecuencia de su naturaleza cultural, estas reacciones estandarizadas hacia el inhábil físico tienden a variar en tiempo y espacio. En determinado grupo o sociedad se observa que cambian con el paso del tiempo y como resultado de experiencias comunes y cambios sociales. Estas imágenes culturales tienden también a variar de un grupo a otro y de un lugar a otro dentro de nuestra sociedad en general. Esta variabilidad constituye una base real para esperar progresos y es la clave para un planeamiento social tendiente a modificar en forma efectiva la situación del desventajado físico en nuestro medio.

En nuestra sociedad, la tendencia de crear imágenes culturales de personas y grupos y de reaccionar ante estos símbolos como si fueran reales, es un proceso normal. El tamaño, heterogeneidad, inestabilidad y cambios dinámicos de nuestra sociedad hacen que esta tendencia sea casi inevitable. Muchas de estas imágenes son parte de nuestra cultura común y nos son muy útiles en nuestra diaria experiencia. En el panorama caleidoscópico de la vida en un área metropolitana, reaccionamos automática y más o menos eficientemente a los innumerables contactos diarios sólo por medio de estas imágenes culturales. De esta forma, podemos tratar con comunistas, policías,

judíos, dependientes de almacén, negros, ascensoristas, católicos, pasajeros de buses, espectadores de teatro, compradores en tiendas y una gran cantidad de otras personas con quienes nos encontramos a diario. Consideramos a la persona como un cuadro, una imagen, un símbolo que la clasifica, define la naturaleza de la situación social que la rodea y prescribe la conducta para todas esas situaciones sociales.

Pero será justo reconocer que estas imágenes culturales son indicios frecuentemente falsos, a veces chocantemente falsos. Tienden a erigir una imagen total de la personalidad y todo un sistema de relaciones sociales sobre la base de un solo rasgo físico o social fácilmente observable. Los usamos como una cama procrustea, poniendo en un molde rígido y estereotipado a todas las personas que llevan la etiqueta identificadora. Reaccionamos entonces a la imagen cultural suponiendo tácitamente que la persona corresponde a ella. Aunque este proceso de relaciones sociales facilita la rápida y discontinua conducta de la sociedad norteamericana, convierte la relación social en algo patológicamente superficial e impersonal. Más aún, esta interacción produce un grave daño social a las personas y grupos estereotipados. Esto es especialmente evidente en el caso de aquellas personas o grupos cuyo distintivo físico es tan permanente que no les deja escape, ni siquiera segmentariamente, de la imagen cultural. Tal es la experiencia de orientales, negros y personas con desventajas físicas permanentes. Otras personas pueden variar su trabajo, cambiar su idioma o religión, o adoptar una ideología política o económica distinta y así escapar de los frustrantes efectos de los dogmas sociales.

Un Conjunto de Imágenes

De las definiciones sociales que prevalecen en nuestra sociedad, es posible formar tres sólidos grupos de imágenes culturales del ciego. Llamémosles el "ciego mendigo", el "ciego genio" y la superstición de compensación sensorial. Probablemente nadie acepte

14p

estos cuadros en su totalidad y ciertamente ningún ciego corresponde completamente a ninguno de ellos. Sin embargo, continúan existiendo como elementos dinámicos de nuestra herencia cultural y tienden, en forma más o menos directa, a regir la conducta de millones de norteamericanos en sus relaciones con el ciego.

Al "ciego mendigo" se le representa generalmente como un hombre de edad mediana o mayor, que se arrastra con pies vacilantes pidiendo limosna a los transeúntes; lleva la cabeza inclinada sobre los hombros encorvados, como cansado de la desigual lucha por la vida. Sus manos están siempre inquietas y alertas para palpar o defenderse. El rostro del "ciego mendigo" tiene una expresión característica: una singular combinación de vigilancia, de abatida tristeza y de contemplación interior. Su voz es quejumbrosa, desfalleciente, lastimera y tímida.

El cuadro del "ciego mendigo" incluye siempre un equipo standard adecuado. Sus pies tímidos y vacilantes son guiados por el ruido de la punta metálica de su bastón blanco. Lleva en su mano la típica taza de lata en la que hace sonar algunas monedas. El "ciego mendigo" usa siempre anteojos oscuros. ocasionalmente el cuadro se completa con otros objetos, tales como pequeños instrumentos musicales: acordeón, violín o guitarra. A veces el mendigar se suplementa con la venta de cordones para zapatos, hojas de afeitar y cosas por el estilo. A pesar de los sensacionales descubrimientos de que algunos ciegos poseen elegantes casas suburbanas, brillantes automóviles negros con choferes uniformados, el cuadro del "ciego mendigo" en nuestra cultura incluye ropas raídas.

Tras este símbolo visible está la presunción de una personalidad y de una forma de vida. Este es el cuadro de un hombre cauteloso, tímido y derrotado. Desde un principio en situación desventajosa y golpeado diariamente por la vida en un mundo de videntes, se ha retirado de la lucha y se ha abandonado a una dependencia inútil. El, al igual que sus compañeros más afortunados, ha aceptado la ceguera como una aflicción, aunque, por haber vivido con ella tanto

tiempo, haya podido asumir una actitud más filosófica.

Frecuentemente, el cuadro del "ciego mendigo" implica que es estúpido e ignorante. Es indudable que el cuadro sugiere que es incapaz de una actividad útil. No conoce una vocación, negocio o profesión útil y, ciertamente, no se espera que, siendo ciego, conozca alguna. Se le ve vivir suspendido de una telaraña de dependencia casi total en la generosidad de su prójimo. Si esta telaraña se rompe, si los demás le niegan su graciosa generosidad, tendrá que valerse de sus propios recursos y, en consecuencia, deberá sufrir.

Pero la imagen implica que la vida de los ciegos, incluyendo a los mendigos, no es totalmente vacía y que viven en un maravilloso mundo interior poblado de seres producto de su propia imaginación. Con ellos sucede, como un periodista dijo cuando escribió sobre un destacado estudiante ciego: "la mente que ve". Se piensa que el "ciego mendigo" se ha retirado de la escena externa para refugiarse en el rico y variado mundo de su mente e imaginación -reino fascinante y misterioso, ajeno a la dura realidad del mundo exterior- de donde sale sólo lo suficiente para satisfacer las necesidades de su magra existencia y a donde se retira agradecido una vez que las sórdidas actividades del día han terminado. La segunda imagen cultural, "el ciego genio", no siempre es tan clara y consistente, lo que hace más difícil reunir los fragmentos para formar un cuadro claro y fácil de describir. Sin embargo, tenemos que reconocer que los elementos persisten y ejercen una poderosa influencia en la conducta de muchas personas. El "ciego genio" es indudablemente una persona ciega. No puede ver, o ve tan defectuosamente que este hecho limita el normal desarrollo de algunas actividades sociales. Sin embargo, en otros sentidos, rara vez parece un ciego. No lleva la cabeza inclinada, ni las rodillas dobladas, ni los hombros encorvados en la forma característica. No usa anteojos oscuros, ni arrastra los pies al caminar. En otras palabras, generalmente se caracteriza por la

16p

casi total ausencia de los símbolos tradicionales de la ceguera, lo que no lo hace simbólicamente diferente a otras personas. Este solo hecho tiende a sugerir la extraordinaria calidad de sus talentos y el carácter único de su personalidad. Pero el rasgo mas notorio del tipo "ciego genio" es su comportamiento normal o superior a lo normal en un campo de actividad que comúnmente se cree fuera de sus posibilidades. Puede ser estudiante universitario sobresaliente, músico talentoso, abogado brillante; puede ser profesor universitario, senador o juez de distrito. Más significativo aún es el hecho de que puede tener éxito en actividades en las que jamás han participado otros ciegos. Su actuación no se considera superior, sino que extraordinaria o superlativa. Se cree que posee recursos especiales y esotérico de penetración, talento o genio distintos de los que poseen sus semejantes. Frecuentemente se considera que su habilidad es igualmente sobresaliente en todos los campos de la actividad humana, porque ella evidentemente fluye de su genio y no del aprovechamiento de sus capacidades y talentos normales.

Puede fácilmente verse que la imagen del "ciego genio" es un medio de individualizar, no de generalizar. Es decir, mientras la imagen del "ciego mendigo" es un modelo dentro del cual se coloca automáticamente a todas las personas ciegas para facilitar y asumir una actitud frente a ellas, el tipo del "ciego genio" individualiza a la persona para una consideración especial. Su resultado es que define a la persona como única, extraordinaria y, en consecuencia, diferente de otras personas ciegas. Es la excepción que confirma la regla. En su caso son inaplicables los hechos aceptados y definiciones de situaciones relativas a los ciegos en general. Debe adoptar se otro conjunto de hechos y definiciones. El "ciego genio" en la cultura norteamericana es un producto del complejo de Horacio Alger, una creación de la exitosa historieta periodística.

La cultura norteamericana contiene también una variedad de creencias supersticiosas sobre la ceguera, de las cuales la más difundida probablemente sea

la que tiene relación con la compensación sensorial; es decir, que la pérdida de la visión es orgánicamente compensada por el aumento de agudeza de los otros sentidos. Se cree que los ciegos tienen mayor sensibilidad auditiva, olfativa y táctil que las personas con vista normal. Esta creencia parece darle un aumento absoluto de sus poderes sensoriales, resultante de los cambios de estructura y función de los órganos en cuestión.

Una variación interesante de esta superstición es la creencia popular de que los ciegos poseen ciertos poderes mágicos. A veces esta creencia toma la forma de una imaginaria capacidad para curar varias enfermedades y miserias. Otras, aparece como fe en la persona ciega para traer buena suerte o para ahuyentar la mala suerte. Se dice también que las personas ciegas tienen poder para ejercer extraña influencia psíquica sobre otras personas. También se cree a veces que las personas ciegas poseen una viveza y perspicacia especiales para los negocios y asuntos personales, lo que las protege del fraude y la explotación.

Algunos Efectos de las Imágenes

Aunque la tendencia en nuestra cultura a crear imágenes interpretativas alrededor de la sola característica de la ceguera se podría ilustrar con muchos otros ejemplos, lo anterior debe bastar para nuestro propósito. Nos parece conveniente, en este punto, hacer un análisis de algunos efectos que estas imágenes culturales tienen sobre la conducta social del pueblo norteamericano. Es posible distinguir tres tipos de influencias ejercidas por estos mecanismos culturales sobre las reacciones sociales hacia el ciego. Primero, constituyen interpretaciones del significado de la ceguera y la naturaleza de la personalidad de los ciegos.

Segundo, definen el carácter de las situaciones sociales que involucran alguna relación con las personas ciegas. Tercero, proporcionan medios de control social tanto para los videntes como para los ciegos, constituyendo así una base sólida para prever la conducta a observar en ciertas situaciones sociales.

Son muy pocas las personas que, después de haber sido ciegas, han recuperado la vista, aunque gracias a los progresos de la medicina moderna este número de personas está aumentando. En consecuencia, la mayoría no puede conocer directamente el significado y experiencia íntimos de la ceguera. Tampoco pueden comprender directamente la organización de una personalidad en la cual uno de los elementos es la ceguera. Sin embargo, para la mayoría de los norteamericanos, la existencia de la ceguera es parte de la realidad de sus vidas. Sienten natural curiosidad por el significado de la ceguera y por la personalidad de los ciegos. Siendo así, necesitan disponer de algo que les permita conducirse debidamente frente a la ceguera en su vida social. No es posible evitar este aspecto social humano. La mayoría de las personas no tiene ni el tiempo ni la oportunidad de entenderlo.

Las ideas standard de nuestra cultura respecto a la ceguera son la llave para este problema. Dan una interpretación del significado de la ceguera. Es, indudablemente, una interpretación extraña y misteriosa, pero creíble en un mundo de fenómenos extraños y misteriosos. Estas imágenes proporcionan también conceptos firmes sobre la organización de la personalidad del ciego. Así, tienen sentido y son útiles, no porque presentan un cuadro exacto del significado de la ceguera y de la personalidad de los ciegos, sino más bien porque son coherentes y compatibles con la estructura de la cultura general. Lo extraño parece normal y comprensible y no más sorprendente que muchos otros rasgos del complicado mosaico de nuestra sociedad. El individuo medio puede tomar el hecho de la ceguera sin esfuerzo porque ésta tiene significado y forma parte de su contexto cultural.

Las imágenes culturales del ciego contienen definiciones de situaciones sociales que recomiendan una forma de contacto y comunicación con los ciegos, de acuerdo a las limitaciones de éstos y a los poderes que se les atribuye. En cierto modo, algunos tipos de comunicación sensorial se consideran "prohibidos". Contacto y comunicación han de efectuarse a través de medios culturalmente aprobados. Como generalmente

estos son distintos de los medios normales de contacto y comunicación, es probable que observemos ciertos titubeos cuando la gente trata de ajustarse a la forma de comunicación requerida. Otro efecto es el exceso o la falta de comunicación; esto se hace evidente cuando la gente usa un tono de voz innecesariamente alto al hablarle a un ciego, porque éste no ve, o cuando amigos solícitos explican lo obvio con detalles aburridores.

Los conceptos standard de la ceguera en nuestra cultura generalmente le asignan a los videntes una posición dominante en las situaciones sociales. Es decir, la definición de la situación, implícita en la imagen social, relega al ciego a una posición social inferior. Los mecanismos culturales de conducta indican automáticamente la relación apropiada entre las personas con vista y los ciegos en situaciones sociales. Una consecuencia de esta costumbre es una agresividad compensatoria de parte de los ciegos en un esfuerzo por nivelar este estado de cosas.

Esta definición de las relaciones en situaciones sociales normales tiende a eliminar al ciego de la competencia y los conflictos rutinarios con los videntes. La competencia con los ciegos está, en cierto modo, "prohibida". Este hecho se hace evidente con el tabú cultural de no engañar ni defraudar a los ciegos. Esta costumbre protege a las personas ciegas de muchas dificultades serias existentes en la sociedad norteamericana. Como tal es, indudablemente, una expresión colectiva de generosidad y lástima, pero, por el mismo motivo, a los ciegos se les priva de la posibilidad de luchar por las cosas y actividades que en nuestra cultura tienen alto valor social. Sin duda, esta práctica limita severamente el campo de acción comúnmente permitido a los ciegos.

El efecto social neto de esta definición standard de las situaciones es que definen las reacciones normales hacia los ciegos como relaciones con una persona socialmente inferior. Los resultados son una corriente descendente en las formas de reacción que se exteriorizan en lástima, compasión y generosidad. Estas actitudes hacen que los ciegos se sientan frecuentemente "mirados en menos".

Esta conducta influye

20p

poderosamente en el concepto que el ciego tiene de sí mismo y de las actividades sociales. Este hecho es, entre todos los otros elementos de la situación social, el que quizás resulta más desmoralizador para el ciego y el más dañino para su moral. Significa que entra a la lucha con dos factores en su contra: uno físico y otro social.

Ya hemos mencionado algunas de las formas de conducta social exigida por nuestra cultura hacia la ceguera. Las imágenes culturales delinean en forma bastante específica la forma en que debemos actuar en nuestras relaciones normales con personas ciegas. Alguien con vista normal debe ayudarles a cruzar las calles, abrirles las puertas, ofrecerles dinero o ayuda material, cederles el asiento en los buses. Por esta misma razón se espera que los ciegos acepten estas demostraciones de amabilidad y simpatía con manifestaciones de genuina gratitud. Si actuaran de cualquiera otra forma sería impropio y demostrarían poco agradecimiento.

Las imágenes culturales consideran algunas actividades como "prohibidas" para las personas ciegas y definen cierto comportamiento como imposible para ellos. Las alteraciones a este código de conducta son desaprobadas y hasta prohibidas. El director de una gran organización revisó el entrenamiento y experiencia de una persona ciega que postulaba a ocupar un cargo profesional de rutina. El informe daba evidencia detallada de una práctica exitosa además de una sobresaliente preparación académica. Sin embargo, dicho director rechazó al postulante, afirmando que era incapaz de desempeñarse debidamente en el campo en que justamente su éxito había sido más notorio. Otro ejemplo notable es el del ciego que fue a la oficina de ferrocarriles a reservar pasaje en coche dormitorio. Cuando pidió compartimiento alto el empleado se manifestó dudoso. "¿Cómo se las va a arreglar para subir y bajar del compartimiento?" preguntó y sin mayor trámite le dio un compartimiento bajo como una consideración especial. El director y el vendedor de boletos, al igual que casi todo el mundo, se ajustaron al código cultural. Estimaron que cualquier desviación de esta línea era no sólo impropia

21p

sino peligrosa. El concepto cultural de una conducta adecuada de los ciegos tiende a encasillarlos en una estrecha y categórica gama de actividades. Así, por un singular vuelco, de los hechos, tanto los ciegos como los videntes están, en cierto sentido, atrapados por los mecanismos rígidos de nuestra cultura.

La aceptación de este código social es premiada en la misma medida en que la violación de éste es castigada. Las observaciones y miradas desaprobatorias que siguen a la persona que ignora este código son experiencias familiares para todos nosotros. El tabú contra el abuso, el engaño o cualquier otra forma de defraudar a una persona ciega es una evidencia más de la presión de nuestra sociedad hacia la aceptación de este código. A la recompensa que significa la aprobación social por su aceptación se le agrega la compensación extra de sentirse satisfecho por haber hecho lo magnánimo y decente.

Estos mecanismos culturales de conducta regulan las relaciones sociales en tal medida, que se constituyen en base para predecir lo que se debe hacer en una situación futura y contar con la aprobación de los demás. Infunden un cierto sentido de orden en aquellas situaciones sociales que tienen un cierto elemento misterioso e incomprensible. Sobre la base de la estandarización de la situación se logran reacciones rápidas y automáticas. El hecho de que este proceso de estandarización y predicción distorsione la personalidad e inhiba una conducta potencialmente útil no le resta su eficiencia como instrumento de conducta social. Con todas sus fallas, los conceptos corrientes sobre la ceguera en nuestra cultura norteamericana son elementos útiles y necesarios para una relación social normal.

Resumen

Como podemos ver, el carácter dinámico, heterogéneo y complejo de la sociedad norteamericana tiende a facilitar el proceso que estereotipa elementos divergentes de la población en beneficio de las relaciones sociales. Aunque algunas de estas imágenes presentan un cuadro fiel del sujeto social, muy a menudo

22p

simplifican y distorsionan la persona o el grupo. Entre los muchos conceptos sobre el ciego que forman parte de la herencia cultural norteamericana, pueden distinguirse y describirse con cierta exactitud tres ejemplos típicos: el "ciego mendigo", el "ciego genio" y la creencia en una compensación sensorial.

Mecanismos culturales como éstos tienen, por lo menos, tres efectos sociales importantes. Interpretan el significado de la ceguera y la personalidad del ciego; definen situaciones sociales standard y controlan la conducta social, haciéndola ordenada y predecible. Una consecuencia de este proceso es el carácter irreal y, a veces, grotesco de muchas reacciones sociales frente al ciego. Otro resultado es la subordinación rutinaria de las personas ciegas y la restricción de su potencial de conducta con el consiguiente daño a su moral, al concepto de si mismo y al adecuado desempeño de sus roles sociales.

En esta situación, el papel importante que desempeña la terapia de Caso Individual queda claramente evidenciado. Es esencial detener y prevenir prematuramente los daños a la personalidad. Más aún, es importante que las personalidades torcidas y dañadas sean salvadas y restauradas al grado más alto de normalidad y de utilidad social posible. Pero en el tipo de situación cultural y social en que el ciego de nuestra sociedad debe vivir y desarrollarse, existen limitaciones en lo referente a lo que se pueda lograr mediante el trabajo con Caso Individual. En esta situación, lo deseable es complementar y apoyar el tratamiento de Caso Individual mediante un enfoque amplio con miras a cambiar los conceptos sobre la ceguera existentes en nuestra cultura.

Investigaciones efectuadas en los campos de antropología, sociología y psicología social han demostrado que la cultura no sólo evoluciona continuamente, sino que es susceptible a cambios deliberados. Más aún, estas investigaciones han revelado los principios dinámicos subyacentes en la formación y cambios de la cultura. Especialistas en publicidad, política, gobierno, industria y trabajo organizado han aprovechado la ciencia de la cultura en forma práctica. Se podría afirmar que los datos científicos y

esta experiencia práctica pueden proporcionar una base para abordar el problema de cambiar algunos de los conceptos sobre la ceguera comunes en nuestra cultura. La primera fase de un programa para este fin sería una investigación minuciosa del alcance, origen, naturaleza y efectos de los conceptos actuales en la cultura norteamericana. En dicha investigación habría que considerar todo lo dicho aquí meramente como hipótesis. En base a las conclusiones de esta investigación debería confeccionarse un programa de acción cuidadosamente planeado. Aunque los objetivos específicos de este programa de investigación, probablemente podamos concordar anticipadamente en ciertos objetivos básicos. Quizás si en una sociedad tan compleja, dinámica y heterogénea como la nuestra, no debiéramos hacernos ilusiones de lograr conceptos completamente objetivos y racionales de las personas ciegas, pero, por lo menos, podemos esperar el día en que los conceptos culturales se ajusten, en general, con más fidelidad al hecho abundantemente documentado de la naturaleza de la ceguera y las posibilidades de conducta de los ciegos .

24p

RAÍCES PSICOLÓGICAS DE LAS ACTITUDES FRENTE A LA CEGUERA

Por Sydell Braverman

Hace algún tiempo los periódicos dedicaron mucho espacio a la historia de una niñita de cuatro años de edad, de Georgia, cuyos padres estaban enfrentados a la alternativa de decidir entre enuclear los ojos de la niña o dejar que falleciera de cáncer. La historia se mantuvo por muchos días mientras los padres de la niña imploraban orientación divina para tomar una decisión. Era casi como un folletín de Radio Teatro, con los periódicos invitándonos a comprar el ejemplar del día siguiente para saber si los padres decidían si su hija moría o quedaba ciega. Finalmente, los padres decidieron dejar el asunto en manos de Dios antes que en las de los cirujanos. En ese momento, y conforme a la más pura tradición de melodramas de Radio Teatro, apareció en escena otro hospital y diagnosticó otra cosa, no cáncer. Las últimas noticias, en el momento de escribir estas líneas, dicen que la vista de la niña está mejorando.

Menciono esta historia porque ella contiene toda una constelación de creencias sobre la ceguera y de resultantes actitudes frente a las personas ciegas y, además, porque el cambio de diagnóstico, posterior a la decisión tomada por los padres, debe haber reforzado, en las mentes de los lectores, algunas de estas creencias.

Tanto en las informaciones de los periódicos sobre el incidente como en las respuestas del hombre de la calle a los reporteros, se aceptaba, en general, que la decisión que debían tomar los padres que su hija muriera o quedara ciega era indudablemente

25p

muy difícil. En esto vemos una demostración impresionante de una de las más ampliamente difundidas creencias sobre la ceguera: que es peor que la muerte. Si no, ¿cómo se explicaría la solidaria comprensión del público ante la dificultad de los padres para llegar a una decisión? Más aún, ¿por qué la aceptación su decisión de renunciar a la intervención quirúrgica? Todos sabemos cómo reacciona generalmente el público frente a historias de niños a quienes se les niega los cuidados médicos o quirúrgicos debido a creencias religiosas o de otra índole de sus padres. En el caso citado, los padres no tenían convicciones que excluyeran la intervención quirúrgica; sólo querían evitar que su hija quedara ciega. Y cuando la alternativa era ceguera o muerte, la sociedad no se horrorizó ante la decisión de elegir la muerte. Esto nos da a conocer claramente cuán extendida está la idea de que la ceguera es una inhabilidad muy especial y puede hacer que la vida sea tan insoportable que la muerte sea preferible. Hay evidencias tan incontrovertibles entre las personas ciegas en el sentido de que ellas no consideran su desventaja como algo que los incapacite completamente y que tampoco sobrellevan sus vidas como un destino peor que la muerte, que inmediatamente queda en claro una de las características básicas de las creencias sobre la ceguera: que son conceptos de personas con vista sobre la ceguera, creencias que no comparten los ciegos. Sus actitudes nacen de sus tan mal concebidas creencias y para encontrar las raíces de dichas actitudes debemos buscar en el interior del hombre con vista. Debemos buscar en su estructura psicológica y emocional, porque si los conceptos hubieran sido mantenidos sobre una base intelectual y racional, habrían sido abandonados hace mucho tiempo en vista de las abrumadoras evidencias en su contra. No es nueva la idea de buscar dentro del hombre con vista para encontrar las razones de la dificultad del ciego para integrarse al medio ambiente. El Dr. Gerhard Schauer manifiesta " ... la adaptación del ciego a la sociedad y de ésta a él podría ser ampliada si los obstáculos emocionales tan firmemente adoptados y aceptados" El Dr. Joseph S . Himes habla de

ciertas imágenes culturales o estereotipos diseñados para facilitar las relaciones sociales. Sugiere también que ellos son diseñados por el grupo cultural mayoritario como un medio para entenderse con los grupos minoritarios.

Detengámonos un momento y examinemos estas imágenes. A las actitudes de grupos mayoritarios, frente a grupos minoritarios las llamamos prejuicios.

Al grupo minoritario se le atribuye un cierto conjunto de características físicas, mentales, emocionales y morales y a cada miembro de ese grupo se le prejuiza en base a estas características. Basta que uno diga a un grupo de blancos término medio "Juan Smith es negro" para que, aunque no conozcan a Juan Smith, le atribuyan una serie de características que van mucho más allá del color de su piel. Antes de conocer a Juan Smith ellos ya saben que es físicamente fuerte, mentalmente subnormal, emocionalmente inestable y moralmente relajado.

Probablemente, en el grupo habrá quienes atribuyen al señor Smith otras o más específicas características, pero la reacción general es prejuizarlo. Las características específicas imputadas varían con el grupo minoritario y, a veces, con la cultura del grupo mayoritario. Sin embargo, existe constantemente una constelación de características que se presupone posee cada miembro de cada grupo minoritario. Al salir de su grupo y aventurarse en la cultura que lo rodea, el miembro de un grupo minoritario estará mejor equipado para adaptarse socialmente si conoce la naturaleza de las imputaciones con las que se va a enfrentar. Esto no significa que deba conformarse con las normas estereotipadas, en realidad, podría aventurarse con el propósito expreso de hacer su parte por romper estas normas. Pero conociendo la naturaleza de las creencias sobre Él, estará preparado para las reacciones hacia él y estará en condiciones de manejarlas.

Si examinamos las actitudes hacia las personas ciegas, encontramos que ellas también están predisuestas en los cuatro niveles de la composición humana.

27p

En el nivel físico, se dice que el ciego es incapaz para hacer prácticamente nada. Cada vez que un hombre ciego camina por la calle se le mira con temor. El hombre con vista no cree cuando se le cuenta que un hombre ciego puede atravesar su propio living sin volcar los muebles a su paso.

Si el hombre con vista presencia un hecho así, tendrá tema de conversación para un largo rato.

En el aspecto mental, se piensa que el ciego tiene un vacío directamente relacionado con su incapacidad para ver. Debido a que en su propio desarrollo un hombre con vista ha aprendido a conocer la realidad mediante la vista, supone que sin ella no puede haber un concepto cabal de la realidad. Considera la vista como la base de la imaginación sobre la cual según cree, se desarrollan la representación mental y la imaginación, mediante la información enviada a la mente por los ojos. No puede concebir que la imaginación sea alimentada por algo que no sea la percepción visual. No admite la posibilidad de una imaginación y de una representación mental alimentadas por otros canales, la concibe como carente de realidad, porque existe sin la necesaria cualidad de comparación con lo que realmente se ve. Enseguida, llega a la conclusión de que la persona ciega carece de entendimiento, ya que el hombre llega a entender el mundo que lo rodea solo mediante la imaginación, la representación mental y la comprobación de lo real (para él todo visual). Así, en esencia el hombre que ve confunde la vista con el entendimiento. No habiendo imaginación, representación mental ni entendimiento, tenía que pensar que en la mente de la persona ciega existe un vacío. Debido a este concepto del vacío mental, se consideraba que la educación de los niños ciegos era algo milagroso, lo que obstaculizó seriamente su desarrollo. El hombre con vista podía tener un concepto sobre la educación de ciegos sólo como un medio para llenar este vacío con información que él percibía con sus ojos; cómo se hacía esto y cómo dicha información era transmitida mediante los otros sentidos, fue algo muy difícil para él poder comprender. La necesidad de que este vacío fuera llenado con información visual era considerada como

algo tan básico, que pasó mucho tiempo antes que el sistema Braille fuera enseñado en las escuelas para ciegos . Se consideraba que al Braille le faltaba orientación hacia la realidad, pues los puntos no daban a la mente del estudiante ciego una imagen de las letras del alfabeto que todos conocemos. No entraré en mayores detalles sobre este concepto de vacío porque estoy seguro que todos Ustedes saben de la existencia del concepto en referencia y deben estar cansados de oír sobre esto en forma repetida. Baste decir que aún hoy se prejuzga al ciego, afirmando que le falta entendimiento, por lo menos, que tiene un entendimiento inadecuado respecto al mundo en que vive.

A menudo se considera que vive en su "mundo propio". Su imaginación, si es que la tiene, no puede ser orientada por la realidad; tiene que ser pura fantasía.

En el nivel emocional, se piensa que el ciego es, como se ha indicado anteriormente, muy infeliz. Probablemente no puede obtener goce alguno de la vida. En el mejor de los casos, la única razón por qué su vida podría ser preferible a la muerte es porque no sabemos lo que nos espera cuando nos muramos. Más allá de la profunda melancolía que debe experimentar constantemente en su deplorable estado, se dice que posee todo un conjunto de sentimientos que el hombre con vista no puede comprender (a pesar de que es el vidente quien se los imputa al ciego). Más adelante estudiaremos esta imputación de profunda melancolía más un sinnúmero de raras emociones.

Las características morales imputadas a los ciegos varían de una cultura a otra en forma más marcada que las características en los otros tres niveles, pero cada sociedad tiene sus propios conceptos sobre los atributos morales de los ciegos.

Donde se piensa que la ceguera es un severo castigo de lo alto, obviamente el ciego tiene que carecer de atributos morales apropiados. El solo hecho de que es ciego demuestra que ha pecado. En nuestra propia cultura las características morales son más difíciles de comprender y un tanto variadas, pero una persona que trabaja con los ciegos informó hace poco que, desde el momento en que aceptó su actual trabajo, sus amigos le han preguntado repetidamente si acaso las personas

ciegas que ha conocido a través de su trabajo no son personajes un tanto siniestros. Entre otros grupos, aunque esto es menos común, al ciego se le atribuye una cierta santidad. Cualesquiera que sean las características normales que se le imputen, el ciego debe tener en cuenta el hecho de que se le prejuzgará en lo moral y se le considerará "diferente" a los demás.

A pesar de la abrumadora cantidad de evidencias que demuestran que estas imputaciones son falsas, la situación no ha cambiado. Lo que es más, y lo que constituye una mayor diferencia entre la minoría compuesta por los ciegos y otras minorías, el individuo ciego puede adquirir estas características en cualquier momento de su vida. No necesita desarrollarlas desde la infancia; por el contrario, puede haber sido totalmente distinto hasta el día en que quedó ciego. En consecuencia, para buscar las raíces de estas actitudes frente a los ciegos, debemos descubrir qué hay en la ceguera que hace que el hombre con vista adopte esas actitudes. Sus raíces deben encontrarse en el significado y en la importancia que el hombre atribuye a la vista, porque la incapacidad de ver es el único denominador común en las personas a quienes se le atribuyen las características.

En nuestro libro "Adaptación a la Ceguera", Héctor Chevigny y yo presentamos y analizamos la hipótesis de que las actitudes del hombre con vista frente al ciego nacen del hecho de que la ceguera, o el pensamiento de la ceguera, despiertan los temores de castración del hombre con vista. Hay una abrumadora cantidad de evidencias en la dinámica del desarrollo de la personalidad, en psicopatología y en la mitología, que respaldan este punto de vista. Freud calificó la vista como un instinto parcial en el desarrollo sexual; es decir, a una edad muy temprana, el niño encuentra satisfacción al mirar. En el desarrollo normal, el instinto parcial se convierte en sólo uno de los muchos factores del estímulo sexual, mientras que la satisfacción consiguiente se alcanza de la manera normal. Cuando las objeciones de los padres impiden que el niño obtenga adecuada satisfacción mirando, se produce un cierto grado de fijación en esta

30p

época, y su satisfacción sexual estará, más centrada casi completamente en la contemplación. Es en este grupo donde encontramos a los voyeuristas, los atisbadores, las personas a quienes llamamos perversas. Aunque existen perversiones que han adquirido una fijación en otra época de su desarrollo, la vista es el único canal sensorial en el que existe la perversión, excepto y en mucho menor grado en el tacto y el olfato, donde la fantasía visual también está involucrada.

Debido a que en nuestra sociedad los padres generalmente objetan el mirar, en la mayoría de nosotros encontramos un cierto grado de escoptofilia, o si no, de exhibicionismo, el reverso de la medalla. Las "pin-ups", las coristas, los salones de belleza, los hambrientos "lobos", las modelos de revistas y otros, dan testimonio de ello. El hombre con vista tendrá sentimientos de castración despertados por el ciego al grado en el cual el acto de mirar es una parte vital de todo su aparato sexual. En el hombre término medio actual, la vista o el pensamiento de la ceguera produce cierta inquietud de castración. El verdadero escoptofílico considera a la ceguera como castración, como la extirpación de los genitales.

Si nos remontamos a la mitología, encontramos que el equivalente de ceguera y castración no es un producto de nuestra cultura moderna solamente. En la conocida leyenda de Edipo, el héroe mismo se produjo la ceguera como castigo por sus relaciones incestuosas con su madre, a pesar de que en el momento de dichas relaciones él ignoraba el parentesco. Todas las diferentes leyendas sobre el profeta griego Tiresias relacionan su ceguera con algún tabú sexual. Historias posteriores revelan que privar de la vista era una de los más grandes castigos infligidos por la sociedad; era también considerado una retribución por pecados de tipo sexual. En vez de la verdadera Castración del pecador, privarlo de la vista (castración simbólica) era el castigo infligido. Se consideraba que era el castigo más horrendo, porque conservaba la vida, pero quitaba toda posibilidad de disfrutar de los goces de ella.

En psicopatología también encontramos muestras

31p

de la tendencia de comparar la ceguera con la castración. Los ejemplos más vivos de esto son los esquizofrénicos que tratan de arrancarse los ojos por haber tenido visiones sexuales pecaminosas. Menos impresionante, pero no menos concluyente, es la más frecuente sintomatología neurótica referente al ojo o a su función de ver en aquellas personas que no pueden aceptar sus impulsos y fantasías sexuales, o de aquellos que continúan sintiendo la necesidad de castigo por pecados infantiles.

A la luz de esta hipótesis, podemos empezar a vislumbrar el significado que existe detrás de algunas de las características imputadas a los ciegos. La profunda incredulidad en la habilidad del hombre ciego para actuar en el nivel físico, aún después de demostrar de que es completamente capaz de actuar a dejado de ser tan misteriosa. Para el hombre potente, la impotencia sexual es el mas cruel de los destinos. Se piensa que el hombre impotente es una mera caparazón del hombre, desprovisto no sólo de su poder sexual, sino que también de todo su poder físico despojado de toda virilidad.

En el nivel moral, al hombre castrado la literatura lo retrata como un personaje siniestro, con pensamientos e impulsos que el hombre potente jamás podría aceptar. Hace poco, un amigo que trabaja en la sección de Psiquiatría del Hospital Bellevue me contó que tenían un paciente que se había castrado a sí mismo durante un periodo de psicosis. Al día siguiente de su llegada, algunos hombres que trabajaban allí conversaban sobre él y de sus reacciones hacia el paciente.

Todos admitieron que frente a él habían sentido un malestar interior, una sensación física que llegaba hasta las náuseas. Ninguno de ellos pudo encontrar una base racional a sus reacciones, pero todos dijeron que no podían evitar sentirse incómodos en su presencia y sentir como una emanación de bajeza de parte del hombre . Psicológicamente es acertado aseverar que, tanto la bajeza atribuida al castrado y sus sentimientos de malestar, nacieron de sus propios temores de castración, evocados por la presencia del paciente. Esto es muy similar alas antiguas memorias que se tiene de las

actitudes hacia los ciegos. Se temía que el contacto con un ciego traspasaría, en alguna forma, su impureza al hombre con vista; al ciego, lo mismo que al leproso, se le lanzaba una moneda, pero el contacto físico y a veces el mirarlo era casi prohibido. Hoy día, decimos que no consideramos sucio al ciego; sin embargo, cuán frecuentemente el hombre con vista experimenta una sensación física que llega a la repulsión al tener contacto con un ciego y su incapacidad de explicar esta reacción es similar a la de aquellos hombres del Hospital Bellevue que no podían explicar sus reacciones frente al castrado.

Si comparamos las emociones imputadas a los ciegos con aquéllas imputadas a los eunucos, encontramos una sorprendente similitud. El rostro desprovisto de sonrisa del eunuco, la inmensa cantidad de sentimientos que el hombre potente no puede tener y la falta casi total de resultados normales. Hace mucho que el hombre potente ha considerado que las relaciones personales con el eunuco tienen, por fuerza, que ser diferentes de las relaciones personales normales porque no existe comunidad de sentimientos entre ellos. Es una variedad distinta del ser humano, un hombre que no puede sentir igual que los otros, que ha sido privado de toda la alegría de vivir, cuyas reacciones emocionales son tan diferentes de las de los hombres normales que uno no sabe exactamente cómo tratarlo aun en la conversación más simple. ¿Qué diferencia hay entre ésta y las relaciones entre ciegos y videntes ?

Como lo insinuábamos más arriba, la imputación de un vacío mental y de un funcionamiento mental restringido parece nacer de algo más que del temor de castración del hombre con vista. Aunque frecuentemente se considera que el castrado, al igual que los ciegos, es mentalmente inferior o posee ciertas condiciones de astucia y fingimiento, las características mentales imputadas a los ciegos parecen nacer más de una sobreestimación del papel que desempeña la vista en el entendimiento que del que desempeña en el sexo.

Sin embargo, en general, encontramos que muchas de las actitudes hacia los ciegos y las mal

concebidas creencias sobre las cuales se basan esas actitudes, pueden interpretarse en la misma forma que la hipótesis de castración. Ahora, en vez de estudiar las emociones atribuidas a los ciegos, estudiaremos las emociones más comúnmente experimentadas por el hombre con vista frente al ciego. Si volvemos al malestar que se siente al tener contacto con el castrado y a la antigua historia de evitar el contacto con el ciego, empezamos a ver el desarrollo del sentimiento más frecuentemente mencionado dentro de las actitudes frente al ciego "la lástima". ¿Cómo se desarrolla esta lástima? Si la reacción inmediata a los temores de castración evocados por el ciego es de repulsión, el impulso que la acompaña es de apartar de la vista el objeto que ha causado esta reacción. Debido a que ese impulso, ese deseo, es incontenible en nuestra sociedad, experimentamos fuertes sentimientos de culpabilidad. La angustia acompaña estos sentimientos. Debido a que la angustia es dolorosa, inventamos formas para evitar sentirla y para evitar descubrirlos impulsos incontenibles que la causaron. Al tratar de liberarnos a nosotros mismos de la angustia despertada por el pensamiento de la ceguera encaminamos nuestros sentimientos de repulsión hacia un más aceptable sentimiento de piedad. De esta manera, hacemos una especie de gesto mágico y sentimos una "buena" emoción en pago por haber sentido una "mala" emoción. A menudo lo experimentamos por otro gesto malo en la forma de un cheque, limosnas, llamamos la atención sobre el objetivo insistimos para que la persona sepa que tenemos un arrasador sentimiento de piedad hacia él. Le damos dinero, buena comida, entretenemos en forma casi obligatoria.

La bondad que se manifiesta demasiado poco frecuentemente hacia el ciego, es casi el polo opuesto a la lástima, ya que la bondad es una respuesta a la realidad. la bondad hace la clase de ayuda que realmente necesitamos, no la ayuda que alguien nos impone en lugar de lo que queremos. Es tan fácil comprender que lo que se hace por el ciego en base a la lástima no es lo que él necesariamente siente que es lo mas importante que debería o podría hacerse por

él. Por el contrario, es lo que nosotros nos sentimos inclinados a hacer para purificarnos, para absolvernos de la culpa que sentimos por haber deseado dejarlo fuera de nuestra vista y de nuestro pensamiento. Así, evidentemente, la piedad no nace como una respuesta á las reales dificultades que experimenta el hombre, sino que nace de los sentimientos que evoca en nosotros. No es una respuesta, a la realidad exterior sino a las necesidades Interiores.

Todos reaccionamos calurosamente a las expresiones y actos de bondad, a menos que ciertas necesidades neuróticas nos hagan rechazar las expresiones de afecto. Pero ¿cómo respondemos alas expresiones de lástima? ¿Quién desea ser compadecido? La lástima nos coloca en una posición inferior a la persona que nos compadece. Significa que estamos "siendo compadecidos" porque no somos de una especie superior. Nos sentimos degradados por la compasión, y a punto de gritar "No me compadezcan" "Si siente afecto por mi, haga algo por ayudarme pero no se quede ahí compadeciéndome.

Más aún ,la incapacidad del ciego de expresar gratitud por la lástima que se le tiene produce gran enojo en la persona que lo compadece. No es un misterio que este enojo pueda resultar, pues, la ansiedad no puede ser calmada hasta que la piedad reciba la debida gratitud y reconocimiento.

Creo que el temor a la castración es la raíz de la lástima que se siente por los ciegos , pero esto no significa que crea que debemos eliminar esos sentimientos en los videntes en orden a mejorar el destino de los ciegos Mucho se puede hacer en el campo del servicio social para ciegos y habría que hacerlo in mediatamente. La gran cantidad de cartas solicitando donaciones para una u otra institución de ayuda a los ciegos están concebidas cuidadosamente con el fin de despertar lástima. Procuran que el lector se sienta tan apenado por los ciegos que contestará con un cheque grande y gordo. Tal vez este fin justifique los medios.

¿Pero es el objetivo inmediato de recaudar fondos más importante que el objetivo a largo plazo de integrar al ciego a la sociedad ? Si es así, entonces permitamos que se despierte la piedad. Sin embargo,

35p

si existiera una remota esperanza de alcanzar el objetivo a largo plazo esa esperanza desaparece sí se usa la piedad como un medio para recaudar fondos. Favorecer a los sentimientos de piedad del público; más que eso procurar despertar esos sentimientos donde pueden no ser muy fuertes es, en realidad, favorecer todo el conjunto de actitudes frente al ciego y las creencias básicas sobre la ceguera. Si estimulamos al público a continuar sintiendo lástima, lo estimulamos a continuar pensando que la ceguera es un destino peor que la muerte y que los ciegos son seres amargados e infelices, incapaces de vivir independientemente. Indudablemente no podemos cambiar las condiciones de un día al otro, pero quizás si empezamos ahora podamos, finalmente, hacer que el público vea que el ciego a quien se le da la oportunidad de rehabilitarse física y económicamente es un miembro activo de la sociedad en la que vive y no un miembro de un grupo minoritario que vive como una unidad diferente y en un rincón de esa sociedad.

36p